

que tornan miel en el laboratorio de su seno, así las vacas de Villalon rebuscan en los prados las matas floridas que apetecieran las abejas. Requesones de Zaragoza, no de los que le reblandecieron los sesos al caballero de la triste figura, sino de ganar medalla de oro en una exposicion universal. Las natas de Salamanca fueran golosina de las Musas, si estas invisibles deidades hubieran menester para la vida cosas de forma y peso: ellas se mantienen del zéfiro que llega á la cumbre del Parnaso, habiendo pasado por el valle de Tempe, y del rocío que amanece brillando en las hojas de las gramíneas. Cuanto á la mantequilla, Miguel Escoto sirve siempre la de Soria: en rodelitas labradas por el molde, circuidas de agua límpida, su amarillez y frescura despiertan el más soñolento apetito: embarrada profusamente en la plancha de pan candeal, ay si no es cosa de comerse uno con mano y todo!

Pues los dulces? Escotillo pone todo su anhelo en el último mantel, que es el verdaderamente apetecido. Cosa rara, un brujo queda bien por obra de manos santas: las monjas de Oviedo le proveen de frutas heladas, esas piñas enormes que se están gallardeando en vasijas de cristal dorado: esos duraznos rubicundos de hemisferios que semejan las mejillas de una virgen ruborosa: esas bergamotas de jugosidad y sabor imponderable. Las de Villagarcía le preparan masapanes y turrone; las de Guardia esos confites aéreos que se llaman *suspiros*: suspiros, si de amor, si de dolor, ellas se lo saben; pero es dulce el bocadillo, leve como una pompita de agua, fragante como un jazmin. Los *suspiros* de

esas monjas son ayes de prisioneras envueltos en pura alcorza; deseos mundanos, inocentes quizá, encarnados en la flor del azúcar y la harina. Las de San Pelayo son para leches compuestas, batidas con yemas de huevo, espesadas y amarilladas á fuego lento. Hacen tambien espumillas, blancas unas, de color de rosa otras; todas tan leves y de tal delicadeza, que las comieran los ángeles, si estos seres divinos bajaran á entre nosotros. El bollo maimon de Zamora hace persona de infante real en la mesa de Escotillo; y la torta de Motril, que no es para ménos ni por la alcurnia, ni por el sabor, se halla á su derecha, bien como novia que acaba de darle la mano. El alfajor morisco de Medina Sidonia, el masapan de Toledo, el chocolate de Astorga en formas varias y provocativas están allí para la gula disculpable de los convidados. No salen éstos sin haber bebido repetidas ocasiones ora valdeiglesias, ora casalla, vinos que les echan el pié adelante á los del dia, si por el espíritu, si por el aroma. Y el célebre alaejos; con cuál lo han sustituido? Gran cosa es el jerez, ese líquido rubicundo por cuya transparencia podemos ver á las tres Gracias que juguetean en los jardines de Adónis resucitado; pero el alaejos, dicen, era toma de reyes poetas y princesas que estaban adoleciendo de mal de amor. Sea como se fuese, Escotillo daba de comer y beber con largueza imperial; y sus huéspedes, al salir de su casa, sentian hambre: habian comido sombras y bebido aire vano en figura de manjares y licores. Irian á cenar en sus casas los clérigos de mi banquete?

Los brujos y los impíos al fin no les damos sino

viento, manjar inofensivo, que puede ser agradable, puesto que no alimente; ellos, Dios nos guarde, suelen dar á sus amigos y paniaguados festines de donde los sin ventura salen con los piés para adelante. Sabeis lo que es salir con los piés para adelante? Es salir uno de su casa como quien va al cementerio, y no de visita, sino á vivir allí hasta el día del juicio. Efectivamente, no habreis visto que á nadie le saquen de cabeza: el difunto goza á lo ménos de esta que hoy, en homenaje á la reina Galia, se llamaria *garantía*. La vieja Germania es madre, la jóven Galia, reina. Y aun por eso, cuando ocurre que un poeta viajero topa unos estudiantes orillas de la Selva Negra, éstos le saludan al paso: *Salve, Gallia regina!* y el otro responde: *Salve, Germania mater!* y siguen su camino. Del palacio del cardenal Cornetto salió con los piés para adelante el padre santo Alejandro sexto, por haber comido, no con demasía, sino con equivocacion.

Comido digo, y no fué así: Su Santidad no se comió, se bebió la muerte en el vino con que se habia propuesto quitar la vida á sus más queridos cardenales, para quedarse con sus riquezas. Allí Dios se sirvió del diablo para hacer justicia: Dios permitió, el diablo vertió el veneno en la copa del envenenador. Este festin sí que fué más trágico que las bodas de Pirotoo é Ipodámia: en las dichas bodas los Lapitas los molieron á los Centauros, y entre muertos y heridos no hubo sino el ladron Eurito, quien á vista y paciencia del concurso y el galan arremetió con la novia á viva fuerza. Qué le importa al catolicismo que haya llevado su merecido el

pícaro forzador? Lo que le anubla y confunde es que el papa, el santo, beatísimo padre haya salido en andas del convite de su cardenal y aparcerero. El gigante Eurito murió por un antojo no cumplido; el rey Rodrigo por uno satisfecho; el pontífice Alejandro entregó el alma al diablo por codicia. Como Dios le haya perdonado, mucho me alegro de que ese varon justo haya pagado con las setenas: ¡ así hubiera yacido por ahí antes de corrompida la infeliz Lucrecia, á fin de que el mundo no mirara con dolorosa angustia la reedificacion de Sodoma al lado del templo de San Pedro!

Para librarnos de las insidias de ese mal hombre y peor sacerdote, no debiéramos aceptar convites á comer y beber, sino tan solamente á oler. Convites á oler, habeis oido? Sabed que los hay, y muy gustosos al olfato, el cual no hace sino servir de conductor hácia el estómago. De comer patas de cochino, pierna de res, cogote de carnero, accion sin poesía ni sentimiento, ¿ no valiera más nutrirnos con las emanaciones de la rosa gorda y fresca, de la fragante margarita, la azucena voluptuosa? Plinio, historiador que tiene en mucho la verdad, habla de un pueblo que vivia sin comer, sino oliendo cosas aromáticas. Las mujeres de ese pueblo sí que han de haber sido adoradas por los hombres para quienes comer y beber son groserías incompatibles con las hambres místicas de la más poética y extravagante de las pasiones. Quién duda sino que el comer les perjudica inmensamente á las mujeres? Lo vago, aéreo, misterioso del amor se va con ese mascar á dos carrillos con que asesinan dentro de nosotros los sueños de felicidad an-

gética propia de entes superiores á nuestras ruines necesidades. Hasta carne comen las tontas, y papas una tras otra, y beben chicha despues de las cosas picantes, y piden más, y quieren que nos estemos muriendo por ellas. Muriéramonos, sin duda, si una muchacha de veinte años hiciera su almuerzo en el jardin con las vaporaciones del tomillo, la albahaca y la violeta, poniendo de cuando en cuando el rostro hácia el oriente, de donde acude un vientecillo matinal impregnado en los regalos de la aurora. El olor del clavel les debe servir de vino; el del jazmin seria delicado sorbete. Si aun tienen disposicion, allí está el poleo, que no pide sino ser olido por unas narices como la torre de Damasco frente con frente al Líbano; narices perfectas, conformes con las de la bella egipcia, la damicela por la cual el rey Salomon daba sus pedazos con sabiduría y todo. Este buen hombre dijo un disparate cuando comparó la nariz de su querida con la susodicha torre? Nada ménos que eso: las relaciones de semejanza, á su modo de ver las cosas, no se habian de extender sino á la belleza y perfeccion, y no á la magnitud. El Sabio sabia muy bien lo que se pescaba. No se vaya, pues, de todas, una muchacha bonita cuando decimos que su nariz es como la torre de Damasco que está mirando al Líbano; aunque sí le convendrá soltar el moco y amostazarse medianamente, si se la compara con las de Pisa y de Bolognia, porque éstas son torcidas, agobiadas y jorobadas, que no estuvieran bien ni en caras de viejas. Pero nariz como la Giralda, ó como las de Nuestra Señora de Paris, puede tenerla la más presumida y repulgada chica: esas son obras maestras de arquitectura, bien así como la

mujer es obra maestra de la naturaleza, segun que ya lo dijo otro inventor de paradojas. Por donde se ve que el ciego de « El paraiso perdido » habla de todas, y quiere que sean obra maestra bien así las hermosas como las feas, bien así las buenas como las malas; en lo cual, á despecho de los timbres de ese autor, ando yo muy apartado de él: mal corazon y mala cara, léjos de ser obra cumplida, obra errada es, y perjudicial, y aborrecible hasta no más.

Alma real en cuerpothermoso
Tres veces de imperio digna;

esto sí; y andemos, y alimentémosla de plantas aromáticas á esa alma real, y que las huela dilatando las ventanas de la nariz con fuerte inspiracion, mirando con horror los comestibles gruesos que las vuelven jamonas ántes de tiempo á las que no están en el misterio de vivir sin comer ni beber, á modo de nereidas en sus grutas submarinas, y de náyades en sus prados y sus fuentes.

Ni se diga que pido imposibles: Demócrito vivió muchos dias sin más alimento que el vapor del pan caliente: ahí está Diógenes Laercio que no me dejará mentir. Un buen viejo de mi país llevó adelante la empresa de Demócrito, que era cosa increíble verle ayunar una semana sin decadencia de fuerzas. Salia el antiguo las mañanas á la feria del pan caliente, y se paseaba entre las bateas baheantes hasta cuando, agotada la mercancía, la plaza del mercado era desierta. Señor don Próspero, ya almorzó usted? Ya. Pero sin moverse de la

plaza, qué ha comido? He olido, hombre, y esto es más que comer. El doctor Tanner nada ha descubierto: si no comió cosa en sus cuarenta días de encierro, olió, olió y más olió. Pan caliente, no ha de haber sido; pues sería la mezcla de azafran y castóreo que Pedro Apono aconseja á los ancianos para prolongar la vida, ya que de impotentes no aciertan á masear ni digerir cosas de cuerpo. Si la autoridad de Pedro Apono y Diógenes Laercio no basta para componer testimonio auténtico, la de Bacon, me parece, dirime la duda, y sienta un hecho histórico sin más que su palabra de filósofo y cristiano. Bacon sostiene haber conocido un hombre que, rodeado de plantas odoríferas, pasaba días enteros sin comer. Yo quisiera que una poetisa maravillosa perfeccionara el lindo arte de vivir las mujeres sin comer. Edison ha descubierto el teléfono. Graham Bell el fotófono; porqué una sábia nunca vista, una Oliva de Sabuco envuelta en la pingüosidad azucarada de las Musas, no ha de descubrir el modo de reflejar el amor y la vida en la cumbre del Parnaso, mediante los secretos de las flores y las plantas? Déjennos las mujeres á nosotros el ahitarnos de prosa con estas groserías de los tiempos modernos que llaman *beefsteaks*, *roast beef*, jamon, huevos estrellados y otras materias indignas de los banquetes del Helicon; y vivan ellas de los favores del arco iris, los regalos del alba resplandeciente y las emanaciones del nardo y la magnolia.

Los ángeles no comen: las mujeres se dejan llamar ángeles por nosotros, pero no nos quieren dar gusto en esto de no comer. Si se satisfacen al igual de nosotros

que somos diablos, ¿cómo son ángeles ellas? « Yo no tomo esta ruindad, » me contestó una linda muchacha á quien hube ofrecido una taza de caldo de caña de azucar hervido y sazonado con zumo de naranja agria, que es la delicia del mundo. Irritado de este sofion, me andaba yo por ahí dando vueltas, puesta la mira en la venganza: quien á cuchillo mata, á cuchillo muere: desaire no hallaba en mi discurso que alcanzara á desagraviarme de tamaña ofensa. Yendo por tras la casa en busca de ambiente que respirar, intérnome por un platanal orillas de un arroyo; y he allí la desdeñosa que con gentil desenfado se está echando al colete un hemisferio de calabaza lleno de la misma toma que le habia parecido *ruindad* media hora ántes. Estuvo en poco de caerse muerta la probrecita; tanto más cuanto mi prudencia y disimulo sufragaron noblemente por la cortesía. Quiero insinuar con esta anécdota, que las mujeres, ya que comen y beben, se metan en un profundo bosque para estos abusos y miserias, y huyan como del diablo, cuando están con hambre, de los que bien las quieren.

No vayan á retraerse de mí las que tienen mis opiniones en algo, tomando el rábano por las hojas: todo eso es puro modo de decir y dar cantaleta en ratos de buen humor; que en hecho de verdad no hay cosa en el mundo que más despierte inclinacion y apetito que ver á una culta jóven tomar con donaire entre los dos dedos un alon de pollo, y llevárselo á los dientes con pulcritud y gracia digna de las doncellas de Calipso. Si les prohibimos la comida, ¿cuándo les vemos las sonrosa-

das encías, los abiertos rubicundos labios? Coman las pobres, pero no mucho ni cosas bravas: coman pechuga de alondra, curruca, pitirrojo, ficédula y toda esa volatería fina que Dios crió para estómagos poéticos y paladares esquilimosos. De las frutas, fuera de esa carne de perro vegetal que llaman aguacate, y de esa de caballo que dicen zapote, concedo que se regalen con todas las demás: naranjas de color de azafran por defuera, de oro por adentro; duraznos que se están derritiendo entre los dedos; albaricoques maduros, provocativos y maliciosos como los versos de Safo; y aun plátanos, como no sean *hartones* ó *barraganetes*, esos monstruos que parecen boas tendidos á la sombra de sus árboles: tomen el *plátano de seda*, esa manteca dulce que despierta en la boca los espíritus de la voluptuosidad inocente; el guineo barrigon, el de Otaiti, y otras mil clases de esta admirable fruta que magnifica los huertos y los bosques del Nuevo Mundo. Guindas, no tome la fea; correría quizá el peligro de que algun malsin sentido con ella dijese que se había echado guindas á la tarasca. O más bien, si es fea, coma de todo, y hártese, y no tenga cuidado que pierda cosa. Las bonitas son las que han de comer como hacer composiciones de alegre, leve poesía, sonriendo con los ojos, é iluminando con su espíritu echado afuera el alma de los que las miran y admiran llenos de escondido cariño.

Así es como tenemos nuestros banquetes, ésta la manera de que comemos en nuestro siglo; y maldito el adelanto que recibe la filosofía de los concursos gastronómicos y las muchedumbres hambrientas. Cuanto á la

sobriedad, de la española suelen hacer ponderaciones que saltan por sobre la buena fe, siendo así que la gula parte límites con la soberbia en esos festines con que prevalecen nuestros faustuosos antecesores en crónicas é historias familiares. En el siglo décimoséptimo la comida ordinaria de las casas ricas no constaba de ménos de treinta platos; que para los días de excepcion, el cocinero mayor hubiera corrido la suerte del de Luculo, si no preparaba setenta, amen de las golosinas. En el año de 1640, dice un curioso investigador de los vicios antiguos, el cardenal de Borja dió en Valencia una comida de noventa platos calientes, y otros tantos entre principios y postres. Don Alejandro, al resplandor de la tiara, no hubiera llevado adelante tan insolentes vanidades. Buckingham, señor más profuso y magnífico que ese soberbio clérigo, había dado ántes en Santander el escándalo de una comida de mil y seiscientos platos, en honor del rey de España, cuyos dominios estaba pisando. Concluido el banquete, cuantas eran las preciosidades que sirvieran en él, porcelanas de Sevres, cristales de Venecia, argentería de toda clase, fué todo echado por el suelo, roto y destruido en testimonio de liberalidad y júbilo incontrastable. A ese tiempo la nave capitana del insigne almirante, fondeada en el puerto, disparaba sus cañones, roncós del vino que seguía apurando su señor, y la metralla inglesa volaba por los aires en homenaje al gran monarca, rival temido de su propia monarquía.

Hoy por hoy comemos ménos quizá, pero bebemos más; en poco está que nuestros banquetes no se des-

quicien y vengan á ser campos de Agramante, ó por ventura sanquintines donde la menor tajada de los convidados es una oreja. Los griegos antiguos tenían comidas donde moral y virtud, impelidas por la elocuencia, recibían desenvolvimiento sublime en boca del filósofo y el amigo del género humano. Bien es verdad que Alcibiades, saliendo de un holgorio, mutiló las estatuas de los dioses en los pórticos de Atenas; pero ese no fué banquete sino orgía con mujeres de mal vivir; de esas rufanescas brillantes donde el precioso libertino se desataba sin contraresto en voces y acciones adecuadas para las Gracias caídas con quienes era su dicha levantar el torbellino de placeres que le ha vuelto famoso para todas las generaciones. Ponedle á ese mismo perdido al lado de Sócrates y Fedon en los concursos de los filósofos, y vereis luego si no es el que más resplandece por la moral y subyuga más con las cláusulas sonoras que brotan armoniosamente de sus labios.

BANQUETE DE XENOFONTE

Un día Xenofonte convidó á sus amigos á comer en su casa: vinieron Criton, Cerefon, Címias, Cébes: Antístenes, símbolo vivo de la frugalidad y la pobreza alegre, no podía faltar. Critóbulo, por la belleza, era el adorno de los concursos de ese tiempo, lo mismo que Sócrates por la sabiduría: Sócrates y Critóbulo estuvieron pues allí, no ménos que Alcibiades, el hermoso libertino, que tanto resplandecía en el estrado de Aspasia como

en los jardines de Academo. Platon se había excusado respecto á ciertas ocupaciones tocantes á la escuela, y Aristóteles, que andaba ya torcido con su maestro y con su gran condiscípulo, faltó sin exponer causa ninguna. Con el anfitrión ó dueño de casa estaba lleno el número que los griegos requerían para el buen humor de sus banquetes. Ni más que las Musas, ni ménos que las Gracias, ésta era su regla. Así es que los convites de seiscientas personas en los cuales ostentaba su voracidad el emperador Claudio, no eran de costumbre en Atenas. Amistad, afecto, confianza están como desleídos en esos vastos concursos de gente con que rebosan hoy mismo los palacios de los grandes. Los romanos gustaban mucho de esas reuniones monstruos donde Craso pudiera derramar sus riquezas, y Luculo explayar su magnificencia: cuatrocientas ó quinientas camillas al rededor de esas inconmensurables salas, ó ya en los jardines de verano, acreditaban que el gran señor tenía otros tantos convidados. Los griegos, más amigos de la comodidad y el placer verdadero, no pasaban de nueve personas en sus mesas, ni bajaban de tres: el rostro á rostro de dos individuos tiene algo de solitario y triste; por esto han dicho quizá que la proporción más adecuada para la felicidad y la alegría son dos amantes, tres amigos. La cordura de los inventores antiguos está fundada en el corazón; no imaginaron dos Gracias sino tres, número armónico en sí mismo, que forma el grupo más bello y perfecto. Para comer, pasear, departir agradablemente, la tendencia de las almas delicadas es reunirse entre tres: si ocurre que demos un banquete, hagamos porque cada uno de nuestros comensales

tenga su Musa á su lado ; con lo cual todo será poético y honesto. Nueve personas inteligentes, de buenas costumbres y nobles sentimientos en el ánimo, es un Parnaso doméstico : allí virtud y poesía, en suaves ondas, están yendo y viniendo entre el vino que concilia buen humor, y la palabra que resuena por los ámbitos de ese dichoso recinto. Los convites de á cien personas son árgos que aterran á la modestia : entre mucha gente no puede haber gusto, ni sería posible que entre cien convidados no hubiese dos enemigos y muchos malquerientes unos de otros. Un perverso por diez hombres, mucho favor para el género humano. Quizá por esto los griegos se detuvieron en el nueve, á fin de que el murmurador, el envidioso se quedara en su casa, y no fuera á perturbar con su innoble pasión el vuelo de felicidad efímera que se dan de cuando en cuando filósofos y poetas.

De qué modo abrian los griegos sus comidas, no me será dable decir, por falta de instrucción á este respecto : seguro está que haya sido con sopas, como nosotros, ni con frutas, según que lo estilaron nuestros padres los españoles de ahora doscientos años. Hoy mismo los franceses principian la merienda con un tasajo de melon rubicundo, que es como heraldo ó explorador de las regiones estomacales, tras el cual viene la provocativa masamorra de guisantes tiernos sembrada de estrellitas de pan tostado. Los principios, entre estos sabios gastrónomos, son por la mayor parte media docena de ostiones crudos, sobre los cuales espolvorean golosamente una ó dos dragmas de mos-

taza. Otros piden una docena, y descomulgados hay que forman á su lado un cerro de conchas vacías, bien como Tibur Kan levantaba torres de cráneos humanos, merced á los enemigos que iba venciendo. Dios me ha guardado hasta ahora de sentir maldita la inclinación por esos gusanos fatídicos, que parecen comida de difuntos ; ántes suelo apartarme como quien no quiere la cosa de uno de esos gabachos barbudos que está por ahí formalísimo entendiéndose con esos huesos redondos, del centro de los cuales arranca ese mustio manjar, delicia de la tumba. Los griegos no comían ostiones, ni camarones, ni almejas, ni esotras porquerías marítimas que, disputándose las entrañas humanas, dándose combates feroces, lastiman el cuerpo y dejan allí dentro los gérmenes fecundos de los cálculos, la gota y más tributos que pagan al dolor los pueblos regalones.

Pongamos que en la mesa de Xenofonte hubiese habido perdices del Atica, alondritas, pitirrojo, ficédula y otros individuos de esa delicada volatería con que su vecino el rey de Persia regalaba á los filósofos viajeros y los ambiciosos condenados al ostracismo. Regular es que hubiese también vino de Chipre y de Tenedos ; y los postres fueron sin duda los panales del Himeto y los higos de la Fócida, esos de cuyo orificio están manando las dulces gotas que reciben en los labios los Genios del huerto y los silfos invisibles. En siendo Pitágoras el dueño del festín, todo hubiera sido col, lechuga, coliflor ; pero como la Academia difería en alguna cosa del filósofo de Sámos, no había porqué no concurriera el otro reino en los manteles de Xenofonte. No puedo tam-

poco dar razon acerca de los instrumentos de que esos antiguos se servian para comer : el tenedor es invencion de nuestra edad, y así no alcanzo con qué pinchaban los atenienses su cuarto de perdiz, ni con qué se la llevaban á la boca. Los espartanos, probablemente, tenian su trinchante en los dedos ; y como pueblo sencillo, por no decir inculto, no se habrá dejado estar con hambre por falta de cuchara ni tenedor. Los chinos se sirven de unos palitos finos y olorosos de suyo, los cuales hacen tempestades en sus dedos, bien como los bolillos en los de la más proveyta manufacturera de encajes. El hecho es que no lo pasaron mal los convidados en casa de su amigo, y que el maestro Sócrates pidió dos porciones de una cierta espumilla de huevos batidos en leche que le habia gustado por extremo. Iba yo á decir *pioquinto* ; mas á tiempo se me acuerda que ese manjar de viejos habrá tomado su nombre del papa de ese número ; y por no cometer anacronismo, digo mas bien espumilla. Qué *pioquinto* habia de tomar el pobre Sócrates, cuando su amable Xantipa, si algo rompía alguna vez, no eran huevos, sino la cabeza de su marido ? Por fortuna éste se hallaba *solo* en el banquete, y pudo comer sin que nadie le llamase tragon, y beber sin que nadie le sindicase de borracho.

Alcibiades, dijo el maestro, ahora quiero yo saber lo que te ha inducido á cortarle la cola á tu perro ? Animal raro y hermoso ! exclamó Critóbulo, ántes de que el interpelado respondiese. Oí un dia á Fedon, dijo Cébes, que cada hombre suele tener un afecto y una idea pre-dominante, que comparecen en toda coyuntura, y to-

man el primer lugar en las palabras y los acontecimientos : Platon echa á discurrir acerca de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma tan luégo como descubre resquicio por donde meterse en esos océanos misteriosos é irse mar adentro. Nuestro querido Sócrates hallará ocasion para hablar de la virtud, aun cuando vaya del sátrapa de Jonia : así Critóbulo, lo primero que descubre en las personas y las cosas es la belleza.

Critóbulo era bello como un dios : sonrojóse, y sonriendo, dijo : Todos hemos respondido al maestro, ménos Alcibiades á quien fué dirigida la pregunta. En tratándose de gentileza, contestó Alcibiades, tuya es la palabra. En orden á mi perro, le he cortado la cola por ofrecer ocupacion á lo atenienses, y darles en que hablen sin perjuicio de hombre de bien ni de mujer honesta : sabeis que la maledicencia pública estaba ya abultando demasiado el escándalo ocurrido en estos dias : ahora, por hablar de mi perro, pondrán olvido en la desgracia en que han hecho hincapié últimamente.

No se oye otra cosa por calles y casas de Aténas, volvió á decir Cébes, que : « Alcibiades le ha cortado la cola á su perro. » « Porqué le habrá cortado Alcibiades la cola á su perro ? »

Has dado salto en vago, Alcibiades, dijo Criton ; bien pudieras haberte ahorrado la pérdida que has hecho con mutilar á tan hermoso animal. Ya no se hablará ni de tu perro, pues hay algo posterior á ese lastimoso canicidio. Qué ? preguntaron muchos á un tiempo. El libelo infamatorio que anda aplaudido por los malsines. Esta mañana, intervino diciendo el maestro, me dió no-